

Edición de
Dra. Mirian Pino
Dra. Irene Audisio
Mgtr. Ma. Trinidad Cornavaca



Los lenguajes de las memorias y los derechos humanos en el Cono Sur 1970-2022

Los lenguajes de las memorias y los derechos humanos en el Cono Sur

1970-2022

Mirian Pino
Irene Audisio
Ma. Trinidad Cornavaca
Editoras

Los lenguajes de las memorias y los derechos humanos en el Cono Sur 1970-2022
Pilar Calveiro ... [et al.] ; Editado por Mirian Pino ; Irene Audisio ; Ma. Trinidad
Cornavaca. - 1a ed - Córdoba : Universidad Nacional de Córdoba. Facultad de

Filosofía y Humanidades, 2024.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-950-33-1807-2

1. Derechos Humanos. 2. Memoria. 3. Lenguaje. I. Calveiro, Pilar II. Pino, Mirian,
ed. III. Audisio, Irene, ed. IV. Cornavaca, Ma. Trinidad, ed.
CDD 323.0982



Diseño de portadas: Manuel Coll

Diagramación y diseño de interiores: Luis Sánchez Zárate

Correctora de estilo: Raquel Robles

Imágenes: Las ilustraciones contenidas en el presente volumen son creaciones de Laura Sosa y fueron cedidas por la artista para este libro.

2024



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución - No Comercial - Sin Obra Derivada 4.0 Internacional.

Recuperación de la Memoria en la novela *Casas Enterradas* de Carlos Manuel Fernández Loza



Por Elsa Danna¹

Casas Enterradas es una novela del escritor santiagueño Carlos Manuel Fernández Loza, publicada en el año 1997, que narra la vida, tratada desde la ficción, de Catalina de Enciso, una de las mujeres que en 1543 integraron la expedición de Diego de Rojas a la región del Tucma (o Tucumán), expedición conocida históricamente como la “Primera Entrada”.

Catalina nace en Andalucía, más precisamente en Sevilla, en un barrio moro de donde su padre, Juan de Enciso, la recoge mientras velan a su madre que ha muerto en el parto. En ese momento aparece Emerenciana, una mujer enana, quien arrulla a la niña, acompaña a Juan de Enciso a su casa, allí se queda y cría a Catalina. No se separará de ella hasta que, casi adolescente aún, se embarca hacia América, donde conoce a Felipe Gutiérrez a quien entrega todo su amor y cuidados. Desde el Cuzco, como su concubina, partirá con Felipe Gutiérrez, segundo en el mando en la empresa de conquista que Diego de Rojas dirige hacia el Tucma. Llegados al noroeste del actual territorio de la provincia de Santiago del Estero, en el lugar llamado Mocuaxa por sus habitantes, Don Diego es herido con una flecha envenenada, en su pierna, lo que le provoca días y noches de horroroso sufrimiento. Catalina de Enciso, que había aprendido de su padre el arte de mezclar hierbas y polvos para obtener beneficios medicinales, asiste al Justicia Mayor con el propósito de mitigar su delirante dolor.

Entretanto, Francisco de Mendoza, otro de los hombres cercanos a Don Diego, acusa a la sevillana de conspirar con la hechicería de sus remedios contra la vida del gobernador para que Felipe Gutiérrez lo suceda en el mando y en los cargos.

Don Diego, agonizante, convencido del empleo de artes diabólicas de Catalina, nombra a Mendoza no sólo su sucesor sino único heredero de sus bienes y hacienda. Enterrado el comandante, Mendoza avanza en su plan conspirador, encarcela a Felipe Gutiérrez y

¹ Lic. Elsa del Valle Danna. FHCSyS, UNSE elsa.danna@yahoo.com.ar

luego lo destierra. Una pequeña comitiva acompaña a la deshonrada pareja hasta la desolada región del Altiplano donde la dejan librada a su suerte. Un indio que asiste a Catalina desde su llegada a América, conocedor de estas tierras, de sus habitantes y sus lenguas, encuentra la antigua ruta del inca y así pueden llegar al Cuzco, donde Felipe presenta ante los Regidores su denuncia en la que acusa a Francisco de Mendoza de maniobrar para usurpar el poder. Sin embargo, no tienen en cuenta su pedido. El arribo de un nuevo virrey aviva viejas disputas y sublevaciones contra el emperador, y Felipe es acusado de haber participado en éstas como partidario del joven Pizarro y es condenado a muerte. Catalina, derrotada también, reclama el cadáver y luego de sepultarlo se encierra en su casa.

Esta es, sintéticamente, la historia que narra la novela, historia sostenida desde el intertexto de la Conquista de nuestro actual territorio norteño. Al relatar esto se intertextualizan también otras dimensiones: el hombre y el lenguaje para que todo resulte luego en una representación ideológica cifrada en una poética particular.

La intención de esta ponencia es observar el funcionamiento intertextual y al mismo tiempo acercarnos, y tal vez sólo acercarnos, a la postura ideológica de Fernández Loza: que es la de exponer, mantener y preservar la memoria.

Ciertamente, esta actitud se explicita constantemente en la novela, y se plasma a través de una historia narrada desde la ficción. También es importante destacar que la poética que resulta de Casas Enterradas está cifrada en el lenguaje estéticamente tratado. Pero esa poética también expresa la memoria como otro espacio simbólico que el autor intencionadamente hace emerger. Y esta postura se verifica desde el momento mismo en que Fernández Loza escoge el tema de la Conquista y Colonización de América para entretejer su ficción. El discurso se complejiza cuando se ponen en relación la historia y la literatura pues se crea un espacio en el que se da la confrontación de voces y de ideologías. Esta confrontación o tensión que se produce entre historia y ficción, es la que permite al escritor, que es un sujeto social, traer “al presente narrativo la rememoración de un pasado, con su carga simbólica y a menudo traumática para la experiencia individual y/o colectiva” .(Arfuch, 2002, p. 24)

Si bien Fernández Loza trabaja con un argumento ficcional, lo sitúa en un momento histórico concreto, con una dimensión simbólica que presenta relevancia en el desarrollo de dicho argumento.

En el caso de esta novela, el intertexto histórico es el más importante, aunque no el único, pues resulta el andamiaje estructurante de la narración. Graciela Reyes expresa que “No hay discurso que carezca de alguna dimensión intertextual: en todo texto hay otro texto” (Reyes, 1984, p.46).

Así se la presenta a Catalina al comienzo de la obra:

Se acerca... con la resignación del penitente... para no tropezar con las bajas murallas que en disparejas geometrías la cercan extendiendo su arquitectura de laberinto enano; casas enterradas estiran sus despojos: la más alta le roza el hombro... y la angustia de **las ruinas sin historia, piedra sobre piedra perduran impasibles...** (Fernández Loza, 1997, p. 8)

Fernández Loza entretiene otros discursos y otros géneros, no sólo el narrativo ya que también aparecen la crónica, lo epistolar, lo descriptivo en ese intento por rescatar a la memoria de ese olvido, en el que a veces quedan enterrados acontecimientos importantes en la vida de los hombres. Por ello uno de los personajes, Pero Urdemales, le dice al joven militar Felipe Gutiérrez: “- Es cuestión de costumbres. No es que la memoria cierre las puertas. O se entierren en un sepulcro sin resurrección las muertes que debemos”. (Fernández Loza, 1997, p.16)

Debemos recalcar que el escritor santiagueño para desandar el conflicto que plantea la Conquista y Colonización de América realiza un recorte de ese momento histórico: la entrada del conquistador Diego de Rojas a la región del Tucumán.

El desarrollo cronológico de la narración se asienta en tres sitios diferentes: España, el mar y América, e interrelacionados con ellos se despliegan tres formas textuales que el autor elige para dividir la novela: Romances, La Mar y Crónicas.

En Romances se hace referencia a los amores entre Catalina de Enciso y Felipe Gutiérrez. Este episodio le sirve al autor para destacar un sistema lingüístico que posee una larga tradición en la literatura española y revalorizar al idioma español, en un juego en-

tre la claridad de los requiebros amorosos y los intrincados rodeos comunes al Romanticismo. Romances también nos conecta con esa forma versificada tan común en la España del siglo XV y además con el antiguo nombre que se daba a las narraciones. Por ello se puede interpretar que representa un rescate del olvido de esta clase de producciones literarias.

La Mar, establece un juego de ambigüedad en cuanto al género de este lexema por un lado, y por el otro hace referencia al ánimo conmovido de Catalina, que se desplaza a través del mar. El Diccionario de Símbolos y Mitos de Pérez Rioja sostiene que “el mar, símbolo de la inmensidad, se considera como principio y fin de la vida, donde esta se renueva y purifica”. (Pérez Rioja, 1997, p.287).

Catalina al trasladarse a América intenta justamente torcer su destino, mejorarlo y renovarlo en estas tierras llenas de atracción y aún llenas de pureza. Por el contrario ese destino se ensaña con ella y resulta inexorablemente nefasto.

El escritor pone de manifiesto además la agitación que sufre América por efecto de la conquista, ya que percibe que le están arrebatando no sólo su libertad sino su cultura y sus ideologías. En esta parte de la novela, Fernández Loza tiende un puente entre dos culturas representadas por manifestaciones literarias, identitarias de las mismas: los Romances, propios de España y las Crónicas, género que se inaugura en América.

En Crónicas se produce una ruptura de la isotopía temática pues el narrador se aleja de la figura de Catalina, aunque ella no deja de ser el centro de la historia, para detener su mirada en las peripecias americanas.

También hay un viraje en la voz narradora pues adopta la tercera persona en lugar de la segunda. A través de esta persona, Fernández Loza hace un relato cronológico de los pensamientos, que fluyen de la mente desorbitada de Felipe Gutiérrez, de sus digresiones sobre lo que fue en el pasado y lo que ya no es en el presente por ejemplo ex Capitán y Segundo al mando de las tropas de Diego de Rojas. Algo sí queda claro y es la resignación con la que se debe aceptar el destino, ahora ya condenado por traición.

Así apreciamos en el autor a un consumado cronista que intenta abarcar con su mirada la visión del español y la de los habitantes naturales de estas tierras, visiones turbulentas ambas.

Ya hemos referido que el tiempo aludido en la historia de la novela es el de principios del siglo XVI y los personajes, con su accionar, responden a las pautas institucionales y culturales de ese momento. Son tiempos críticos a los que el hombre ha sido arrojado. Son tiempos de cambios vertiginosos y conflictos, que traen conmoción y amargo sabor a sus almas ganadas por la desesperanza y la pesadumbre del fracaso, en algunos casos. Esto puede resumirse en lo que uno de ellos, el padre de Felipe Gutiérrez, expone mientras conversa con su hijo: “Duros y difíciles tiempos vivimos”.

En este mundo conflictivo, bajezas como la traición, la avaricia, la codicia se despliegan a lo largo de la novela, unas veces en forma explícita y otras no tanto. Esto se verifica en el episodio en el que Francisco Mendoza condena a Felipe: “Francisco Mendoza miró con desdén al suplicante, lo tuvo un largo rato de rodillas hasta hacerlo temblar... opresor y oprimido marcados por el **laberinto de la historia haciéndose, fatalmente...**” (Fernández Loza, 1997, p.170).

También se plasma la actitud de Europa frente a estas tierras que conquista. Juan de Enciso explicita su visión crítica en la carta que le deja a su hija: “He aprendido que no se puede cambiar el instinto bestial de los hombres [...] Allende el mar, lejos de esta mal civilizada Europa...” (Fernández Loza 1997, p.91).

No obstante, ese desesperanzado anciano que ha dedicado su vida a indagar el cuerpo humano, y a pesar de eso no logró conocer al hombre, mantiene, en lo profundo de su pensamiento, la consoladora esperanza de que en los remotos países allende el mar, en esas desconocidas tierras existan esas razas más cercanas a la luz. La utopía como esperanza es el resguardo que mantiene para su hija que partirá hacia el Nuevo Mundo.

Así, notamos el afán de Fernández Loza de recalcar las acciones colectivas, de valor simbólico, que resultan en memoria histórica. Y quizás haya en esto también un afán didáctico a través del que la novela pretenda estremecernos de tal modo que seamos agentes sociales más sanos, más insistentes en la pureza de los actos, más

guardianes intelectuales y pragmáticos de un quehacer social eximido de sospechas.

El concepto de memoria en Fernández Loza está ineludiblemente unido al de olvido. Por supuesto que lo que llamamos oposiciones no serían tales si no tuvieran dos términos enfrentados que no actúan como antagónicos. Simplemente uno está en el otro y viceversa, uno supone al otro y viceversa. Por eso ninguno funciona sin el otro, pues no se trata de su contrario sino de términos complementarios. Consecuentemente los dos términos fundan un juego, un vaivén, una oscilación. El olvido como amenaza es una presencia aparente ya que es redimida por la memoria. No nos asombra entonces que en Catalina de Enciso este juego aparezca también como mestizaje. Nace de padre español y madre mora. Y posiblemente la peripecia de Juan de Enciso, al rescatarla en Sevilla del barrio moro y llevarla por intrincadas callejuelas hasta su casa, exprese metafóricamente no sólo el acercamiento de los extremos, sino el recorrido, la dinámica, también intrincados que sigue el funcionamiento del juego.

Algo parecido ocurre con el nombre del personaje en el que se asimilan el de Santa Catalina de Siena y el de la princesa bella y de soberbia lujuria que su padre conoció en Florencia. El mestizaje de Catalina trasciende su origen y nos vemos obligados a situarlo en otro plano más general y extendido. Así, Catalina no expone un mestizaje individual, sino que, al erigirse como un personaje que expresa en sí la metonimia de América, por esa metonimia es también la memoria como acto.

Las prácticas sociales naturalizadas y ejecutadas rigurosamente que contiene la novela encarnan la convulsión memoria-olvido, algunas de las cuales nos remiten a la "*Demnatio memoriae*" romana que buscaba destruir cualquier clase de vestigio o recuerdo del enemigo del Estado, incluyendo la prohibición de pronunciar su nombre. La acusación, el juicio y el castigo que sufre Felipe Gutiérrez responden, entre otras cosas, al propósito de conjurar la memoria con el olvido. Acción tan innoble como estéril pues Catalina, su amante, su concubina, su defensora, se encargará de negar ese olvido rescatando su cadáver, cumpliendo el ritual de la sepultura y ritualizando así la memoria. Después de esto, Catalina se encierra en su casa y no sale de allí. Ella es como una casa enterrada, como la casa de algunos anti-

guos habitantes de esta parte del mundo. También podemos pensar que ese título metafórico nos remite a un pasado, el de la conquista, que se ha pretendido enterrar, silenciar, junto con los seres que en ese tiempo lo habitaron.

Por eso sostenemos que Catalina es América como producto de múltiples nutrientes que a cada instante se desentierren en esa tradición antro-po-ontológica que remarca Fernández Loza. Catalina de Enciso, convertida en efigie, se confunde con la forma de su trágico destino. Es la memoria viva que a veces habla a través de silencios. Es la memoria como sustrato en el continuo hacerse de América.

Referencias bibliográficas

Arfuch, Leonor, 2002: "El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea". Fondo de Cultura Económica de México. Buenos Aires.

Pérez Rioja, J.A, 1997: "Diccionario de Símbolos y Mitos" Editorial Tecnos. Madrid.

Reyes, Graciela, 1984: "Polifonía Textual". Editorial Gredos. Madrid.

Fernández Loza, Carlos Manuel, 1997: "Casas Enterradas". Barco Editó. Santiago del Estero.